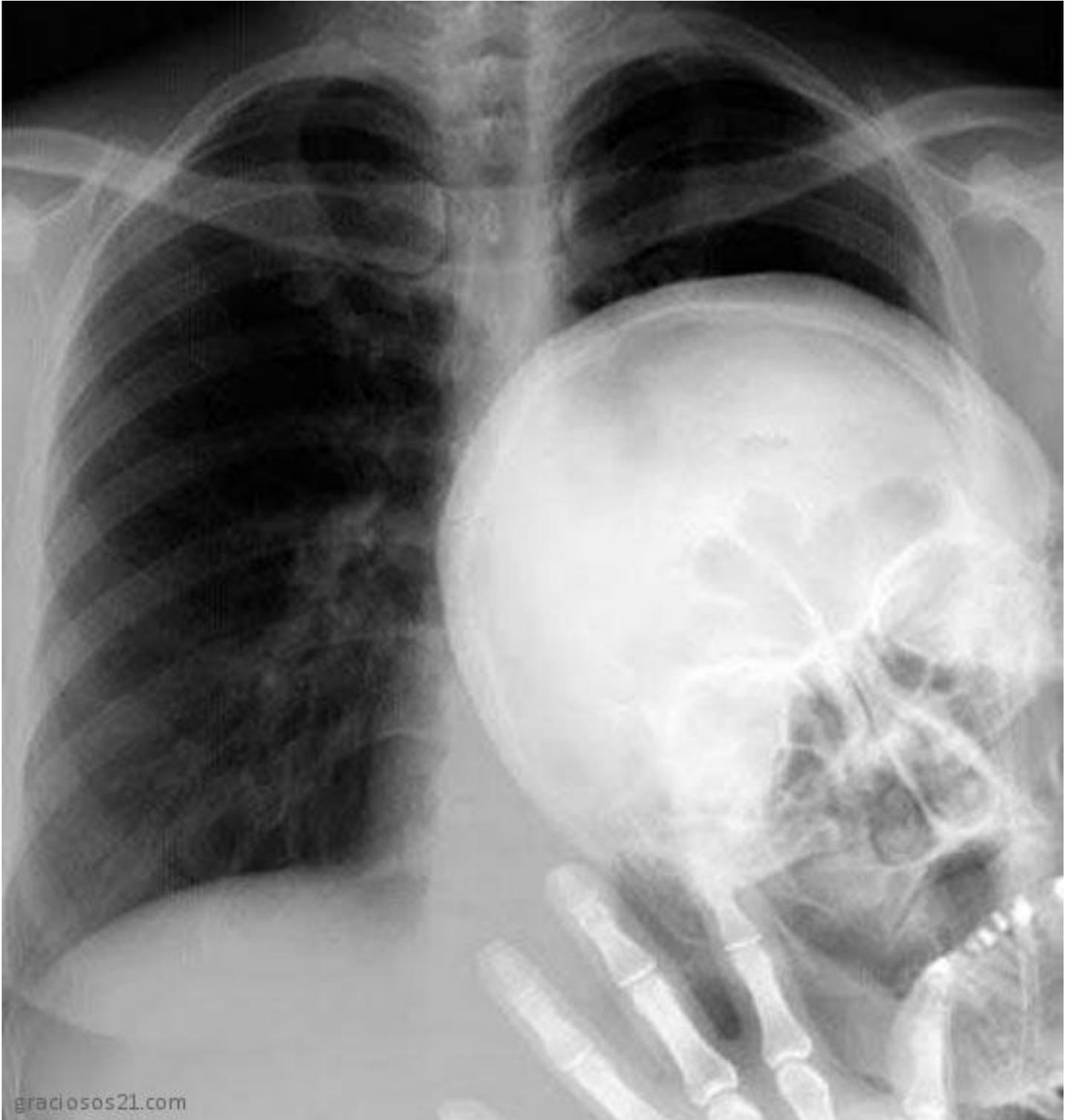


AURELIA Y LA RPM

Jorge Torres



Capítulo 1

i AURELIA Y LA RPM ! (Revisión parámetros médicos)

La semana había comenzado compleja, de una complejidad que presagiaba un derrotero hacia sitios impensados, aunque si nos apartamos un poco de los misterios en que la literatura te hace recaer, de impensado realmente tiene poco y nada ya que conozco cada sitio por donde transitara mi penoso derrotero.

Todo comenzó con el llamado telefónico de una de las hijas de Aurelia, que acusaba tener dolores de panza. Siempre me sentí intrigado por saber que significaba el concepto de panza dentro de ese idioma extraño mezcla de bosnio y marciano, que tanto Aurelia como sus hijas hablaban con tal rapidez que jamás lograban entenderse entre ellas, ni con los demás. Pero era evidente que dolía y dolía de una manera que la distancia no me disminuía sus pesares, aunque poco puede uno hacer con un dolor de panza, cuando no se sabe que es exactamente la panza, se esta a quinientos kilómetros de esa panza y la dolosa panza pertenece a una mujer de cuarenta años, hecha y derecha, que debería saber bien que hacer con ella.

No había mucho más en lo que uno pudiera intervenir o ayudar, aparte de observar como Aurelia aumentaba su estado de tensión marcándosele las venas del cuello, que podían verse palpitar cuan tentáculos de pulpo a segundos de derramar su temida y espesa tinta. Con respecto a su hija, lo único que se me ocurrió hacer fue arrodillarme a rezar a San Espedito, para que lo mas rápido posible evacuara ese gas que le estaba dando vuelta por las tripas y que me estaba volviendo mucho mas caóticas que de costumbre mis actividades cotidianas, complicadas de por si.

Por suerte Dios se apiado de mí escuchando mis plegarias pues a la noche Aurelia recibió el llamado de su hija contenta por haber podido evacuar

flagrante sorete duro, que la liberaba de cuanta conjeturable patología se le ocurrieran durante ese astringente día. Y con ese demonio inerte, rendido a su destino, despidiéndose de inodoros lejanos, también se aflojaron las tensiones de Aurelia, ocasionándole la descompresión habitual de sus nervios, músculos y tendones con el consabido dolor de espaldas, cuello, cintura y todo lo que pudiera doler después de tamaña descompresión, solo comparable a una subida estrepitosa de algún incauto buzo desde profundidades imposibles de despresurizar adecuadamente.

El día termino con una consulta nocturna al médico de cabecera para que emitiera opinión sobre las dolencias de Aurelia, a la cual yo ya me había dejado de oponer por considerarla inevitable. El doctor Chukilaster, la recibió mitad dormido, mitad tarado como de costumbre independientemente del horario en que lo visitemos y por temor (propio de los médicos de hoy día), de perder el título, de comerse un juicio o de que lo caguen bien a trompadas, le receto una serie de excesivas radiografías que abarcaban desde la uña del dedo gordo del pie, hasta la punta de los pelos, para descartar que hubiera una hernia de disco. Para que... La posibilidad remota de tamaño diagnóstico más que hernia de disco sonó en mis oídos como un long play completo de Black Sabbath, donde Ozzy Osbourne se empecinaba en repetir la palabra paranoia a los gritos en mi oreja.

Y así fue, tenía encima la tormenta perfecta y yo con un gorrito playero y un patito inflable. Esa noche no dormimos hasta que me ofrecí, gentilmente (una gentileza más hacia mi persona, que otra cosa), a ir a retirar el turno correspondiente para que le efectuaran las radiografías, que se empezaban a repartir a las cuatro de la mañana hasta las cuatro y treinta, gracias a la bondad que nuestro gobierno manifiesta para quienes no tienen dinero para pagarse sus radiografías.

Llovía, pero con esa finura en la que nunca se alcanza a divisar si es realmente lluvia, bruma marina, niebla, humo o te escupen de arriba, lo cierto que iba preparado con mi gorrito de lana con orejeras y el stickers de Betty Boop, mis medias de distinto par (igualmente se me irían a mojar en el camino), y mi par de zapatillas (las que están agujereadas de costado, las que tienen agujeros abajo las deje en casa, para que no me entrara el agua), soy loco pero no boludo.

Así camine durante dos kilómetros, la distancia que transcurre entre el hospital y nuestro departamento en una especie de nube, que simulaba el camino al purgatorio, solo acompañado por el ruido de las olas del mar que rompían a escasos centímetros míos. En junio el clima empeora en estas latitudes y el frío y la humedad en verdad se hacen sentir demasiado, como para darse semejante paseíto en plena madrugada. Pero a veces las cosas hay simplemente que hacerlas, a pesar de no tener auto y que las remiserías abren después de las seis de la mañana, el mismo

horario en que comienza a transitar el colectivo interurbano de la zona, llegue finalmente ante la mano piadosa del empleado del hospital que me diera el último número que le quedaba. Ahora si, una vez que me aferre al dichoso numerito, solo restaba esperar hasta bien entrada la tarde a que me dieran el turno de acuerdo a la especialidad que yo requiriera. El número era solo el derecho a poder pedir turno, un vericuetto que tiene el sistema estatal para ir sacándose de encima pacientes, ya sea porque se mueren en el intento o bien se curan de espanto antes de ser asistidos.

Como yo cuento con el tiempo del mundo, me senté en una primera fila debajo de un tremendo plasma y mientras comenzaba a ver las noticias del día dormitaba de a ratos, mientras las horas iban pasando.

Así la mañana se convirtió en tarde y todavía me restaban doscientos números para ser atendido, ya no podía dormir ya que una cierta inquietud se estaba apoderando de mí. Quizás las repetitivas noticias del aumento del riesgo país me pudieron inquietar un poco, ya que cuando comencé a ver las noticias dicho índice usurario estaba en novecientos noventa y seis puntos y a estas horas de la tarde ya había pasado los mil nueve.

El riesgo país debería preocuparle más a los usureros internacionales secuaces del malhechor gobierno moroso incobrable de turno, que a la población, pues dicho índice indica que la deuda se la terminara pagando Magolla al fondo monetario internacional, cuando excede cierta puntuación. No comprendo porque me lo ponen a mi, al índice, junto a la temperatura y la humedad ambiente, pero al fin.

Aunque la verdadera inquietud que me embargaba era el saber que Aurelia estaría preocupada y chocaría contra mi fobia hacia los teléfonos celulares que por suerte me mantienen totalmente incomunicado cuando salgo a divertirme, como ahora lo estoy haciendo.

Casi era como que no tenia ninguna duda que ella pronto irrumpiría por la puerta del hospital desatándome un escándalo, de hecho ya había mirado varias veces hacia la puerta de entrada antes de que ambas hojas se abrieran de repente como solo ella sabe abrirlas.

¿Se puede saber que estas haciendo acá? Saliste en la madrugada, no eran las cuatro cuando te fuiste. ¿Que diablos estas haciendo sentado acá, no te das cuenta que son las dos de la tarde? - Me gritaba Aurelia, ante el silencio denso y expectante de toda la sala de espera del hospital que presagiaba un cachetazo.

Para no tener que darle el gusto a la multitud, por tener demasiada experiencia a la hora de sacar números en hospitales, clínicas, nosocomios, etc. Trate de no inmutarme en lo mas mínimo y retirándome prolijamente mi gorrita de lana de Betty Boop, le dije a Aurelia con total naturalidad que había venido a mirar un poco de televisión a esa sala. Con lo cual desestructuré a Aurelia totalmente, a tal punto que se me quedo mirando, con esos ojitos chiquititos y rojizos de Bull terrier, al que le sacan el plato de comida de las fauces.

Y ...¿Porque vienes a ver televisión al hospital? ¿Porque no la miras en casa? - Me pregunto sorprendida.

Porque acá tienen un plasma mucho mas grande Aurelia y se ven las noticias mucho mejor. Le respondí, con total naturalidad.

Que bien, no sabia... ¿Pero si casi no miras televisión en casa?
-Preguntaba Aurelia desconfiando de mi sinceridad.

Por eso mismo Aurelia, no es lo mismo ver televisión en un televisor de veinte pulgadas, que verla en un hermoso plasma de treinta y nueve pulgadas. Es por ello, que cuando quiero ver televisión, me hago una escapadita al hospital. -Ufff, pensaba para mis adentros.

¿Vamos a tomar algo? Ya se me pasaron los dolores pero igualmente me fui a hacer una placa a una clínica privada, me dijeron que no tengo nada.
-Me anoticiaba Aurelia.

Mañana, tengo turno con la psiquiatra. La termino de rematar.

Si vendría bien un cafecito con unas gotitas de cianuro y dos medialunas...Amor.